

XIII

REAL LA TOS CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 1 1

PREMIO DE RELATOS CORTOS
LOS MONEGROS
2011

XIII

REAL LA TOS CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s

2 0 1 1



Edita:

Instituto de Estudios e Investigación
de Los Monegros

Avda. Fraga, s/n. 22200 Sariñena

E-mail: comarca@monegros.net

Depósito legal: HU. 324/2012

ISBN: 978-84-616-0021-2

Foto portada:

Castillo de Castejón de Monegros

Autora: Gemma Grau

ÍNDICE

1.^{er} PREMIO	9
Enrique Álvarez Fernández	
“Aroma de lilas”	
2.º PREMIO	23
Ramón Darío Tarruella	
“Y todo por la lluvia”	
3.^{er} PREMIO	41
Miguel Ángel Gayo Sánchez	
“Nona, Décima y Morta”	
PREMIO AL MEJOR RELATO MONEGRINO	63
Jordi Portals Casanovas	
“El secreto del abuelo”	

Él, con el corazón cansado de
pensar, se refugió en la escritura...

Óscar Sipán

PRIMER PREMIO

Aroma de lilas

Enrique Álvarez Fernández



Enrique Álvarez Fernández

Enrique Álvarez nace en León en 1954.

Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense. Reside en Santander desde 1978. Técnico de Administración Local. Jefe del Servicio de Cultura del Ayuntamiento de Santander.

Miembro fundador del grupo literario Yeldo en León (1972-1975).

Autor de varios libros de relatos, entre ellos *Prosa fanática* (1983), *El ángel cae* (2004) y *El trino del diablo* (2006).

Autor de nueve novelas, solo tres de ellas publicadas: *El sueño de la ahogada* (1990), *El rostro oculto* (1994) e *Hipótesis sobre Verónica* (1995).

Premio Emilio Hurtado, de libros de cuentos.

Premio Ciudad de Barbastro, de novela corta.

2.º Premio Ciudad de San Sebastián, de cuentos.

Crítico literario del *Diario de León* (1975-1978).

Crítico y columnista habitual de diversos periódicos de Santander (1979-2010).

Aroma de lilas

Enrique Álvarez Fernández

Estaba soñando que se bañaba en la playa de Islares y se despertó. Su primera sensación fue de agobio: se encontraba en un lugar muy estrecho y completamente a oscuras. Tenía los miembros acalambrados; los brazos, en particular, no los sentía. Con gran esfuerzo logró mover una pierna, después la otra. ¿Dónde estaba? De momento no recordaba nada, excepto que él era él, que aquel cuerpo agarrotado era el suyo. Estaba en decúbito supino, cosa insólita porque él jamás dormía en esa posición. Tenía los brazos extendidos y las manos juntas sobre la zona genital. No respiraba bien por la nariz, había abierto la boca y agitaba con ansiedad los músculos de la respiración. Olía a flores y a madera nueva. ¡Dónde estaba!

Dejó escapar un grito, dos palabras de horror, pero, fiel a su carácter, al instante se contuvo. El sosiego y

la paciencia no le habían abandonado. Lentamente comenzó a mover un brazo. Separó una mano de la otra y con dolor, con pánico y angustia, pero también con resignación, fue alzando poco a poco la diestra hasta tocar, bien próxima, la tapa de madera. Luego hizo lo propio con la izquierda, y lo mismo: no había duda. En la total oscuridad se incorporó después unos centímetros; antes de lo esperado su frente chocó con la tapa del féretro: no había error posible. Se quedó otra vez inmóvil, abatido, vaciado por la sorpresa y la impotencia. Aquello era el colmo, el suplicio final, la única prueba que le faltaba.

De una manera espontánea, como costumbre arraigada en lo más hondo de su alma, una frase acudió pronto a su conciencia: “Acuérdate de Jesucristo”. Y se sintió confortado. También ahora y allí, también aquella vez el Señor le ayudaría, como siempre. Era cuestión de tener fe, un poco más de fe tan solo. Y, al reconocerlo, al reencontrarse a sí mismo como fiel paciente unido en toda circunstancia al Crucificado, notó —o revivió— aquel dolor en el pecho, aquel desgarró en el corazón muy distinto de la opresión respiratoria que le agobiaba ahora, y con él la memoria empezó a iluminarlo paulatinamente hasta que pudo convencerse casi por completo de la verdad de su situación.

Su último recuerdo era un hospital, una sala de urgencias, una camilla, un aparato frío presionándole sobre el tórax desnudo. Antes de eso, una ambulancia, la voz nerviosa de Sor Anamari, un alboroto de vecinos en la escalera de casa. Y, antes de eso, unos días de dolor, unas noches interminables de insomnio. Y, antes, un mes y muchos meses de sufrir en silencio, sin una

queja. Y, antes, su vida entera, cincuenta y cuatro años que se agolpaban en su memoria con el desorden propio de sus múltiples trastornos y agonías, pero con la certeza táctil de lo real. Era claro lo sucedido: aquel hombre enfermo que era él, Guzmán Ibáñez, había sucumbido al fin a un ataque cardíaco, pero había sucumbido, como alguna vez ocurre, falsamente; su organismo, ya raro de por sí, y alterado además por tanta prueba y tratamiento, había engañado al parecer a los doctores.

Algo, sin embargo, se le hacía ya extraño, algo que le incitaba a dudar sobre su lucidez. No podía formarse una idea precisa, ni tampoco aproximada, del tiempo que había transcurrido desde su “defunción”. Por lo que él sabía de casos como este, lo normal no debían de ser más de dos o tres días, pero él tenía la impresión, por absurdo que fuera, de que llevaba ya allí, en aquel estado, mucho tiempo, tal vez una semana, tal vez incluso un mes o un año entero. En cierto modo era una sensación similar a la que había experimentado tantas veces a lo largo de su vida al recobrar la conciencia tras una cura de sueño en el sanatorio, una sensación de desorientación temporal, esa amnesia transitoria de quien lleva durmiendo profundamente durante más de un día, solo que ahora la distancia parecía mucho más grande, una distancia en verdad de meses o años, como si aquel último sueño en la playa inmediatamente antes de despertarse no hubiera sido más que el final de un viaje de enorme duración.

Instintivamente, se llevó una mano a la cara. Y otra vez se asustó: estaba helada. Todo su cuerpo estaba yerto, y ello explicaba su agarrotamiento, que en algunas partes era casi insensibilidad. Pero la memoria

volvió en su ayuda: ahora era diciembre, o por lo menos diciembre –primeros de diciembre– era el mes en el que había acontecido su última enfermedad. De poco podía servirle la protección de una simple caja de madera, y más en una tierra tan fría como aquella, en la que ya había nevado aquel otoño un par de veces. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? A juzgar por el olor intenso y fresco de las flores –sin duda, lilas–, se diría que apenas unas horas, pero entonces ¿cómo es que le resultaba tan lejano el recuerdo de los últimos momentos de su vida? Y ¿cómo es que el dolor aquel del corazón, el que le había llevado al Hospital, le parecía ahora solo la reminiscencia de una antigua enfermedad ya superada?

Al palparse un poco más se percató de otra cosa sorprendente: la sotana que llevaba puesta parecía rota o por lo menos roída, carcomida por la humedad, como si fuera la sotana de un hombre enterrado hacía años, o como si las monjas que le habían atendido en aquel último periodo de su vida hubieran optado por respetar al pie de la letra, y hasta las últimas consecuencias, su deseo de vivir pobre y de morir más pobre aún, y hubieran escogido para su sepultura aquella especie de andrajo, aunque era difícil imaginar cómo podían habérselo procurado. Se palpó también por debajo de ella, se palpó los calzones –o lo que le parecieron tales, porque nunca se había cuidado nada de su ropa interior– y se le antojaron tan harapientos como la sotana. Y se palpó por último los muslos, el vientre, la cintura, se palpó con congoja creciente, porque aquel cuerpo suyo era casi un esqueleto, una osamenta con piel, mucho más descarnado, sin duda alguna, de lo que había llegado a estar nunca con los ayunos y privaciones propios de su vida de asceta enfermizo.

Guzmán comenzó a agitarse. Cedió a un impulso nervioso y comenzó a tantear la tapa de la caja, que por supuesto estaba del todo firme, y pronto la golpeó con los nudillos, primero con moderación y en seguida con ímpetu, con toda su fuerza, hasta que el dolor de las manos —muy pronto— se le hizo insoportable y se convenció de la inutilidad de aquel empeño, porque tal vez podía ya llevar semanas allí pero el ataúd desde luego no estaba precisamente podrido.

“Acuérdate de Jesucristo”, volvió a decirse, y volvió a hacer un acto de fe, un nuevo esfuerzo de resignación. Era más necesario que nunca tener paciencia, era más conveniente y provechoso que nunca ofrecer aquel padecimiento por la salvación de las almas y por el bien de toda la humanidad. Sin duda, el Señor le pedía aquel último sacrificio. Después de todo, no podía durar, no podría resistir mucho tiempo allí, a lo sumo cuatro días o cinco, calculó, y luego, para él, ya vendría la paz tan anhelada, el premio y recompensa a tanta fatiga, el colmo absoluto de todas sus esperanzas. Tenía que ser así, puesto que, al fin y al cabo, si lo consideraba bien, su última enfermedad no había sido gran cosa. Si lo consideraba bien, en el Hospital había sufrido poco, había pasado realmente sin una agonía que pudiera merecer tal nombre.

Guzmán trató de recordar entonces situaciones más difíciles que aquella, que habían abundado en su vida, no solo enfermedades, del cuerpo y del alma, depresiones frecuentes, también rechazos, acusaciones injustas, incomprensiones múltiples. En su juventud, en el seminario y en sus primeros años de sacerdocio, se había granjeado fama de visionario y lunático y a

duras penas había ido progresando en la profesión. Luego vino el tiempo de la normalidad, pero también el de la aridez y la gran paradoja: cuanto más humilde y menos dotado se sentía como sacerdote, más en aumento había ido su fama de santidad, una fama desmesurada, sin fundamento real, que sobre todo en los últimos años le había ocasionado incomodidades y desazones sin cuento. En verdad era mucha la gente que le tenía veneración, fieles que le molestaban, que le asediaban, que una y otra vez le malentendían, pero fieles a los que él en todo momento había soportado con la mayor paciencia; era su oficio y su carácter y sin duda era también la gracia de Dios, que nunca le dejó de su mano.

Ahora tenía que superarse a sí mismo. Lo más probable era que el Señor hubiese considerado que su copa de sufrimiento aún distaba de estar colmada. ¿Cómo compararse, en efecto, con Francisco de Asís, con Juan de la Cruz, con el Cura de Ars, con Gema Galgani o cualquiera de los grandes santos? Tenía que resistir aquel poco más, y resistirlo sin escandalizarse, porque, después de todo, ¿qué eran esos cuatro o cinco días que le esperaban encerrado y recostado en aquella caja de madera nueva y limpia, que aún olía a lilas frescas, comparado con los treinta años que Antonio pasó solo en el desierto, asediado de fieras y de demonios, o los veinte que Simeón resistió sin moverse en lo alto de una columna?

Cuatro o cinco días a lo sumo: su debilidad, su inanición y desde luego la escasez de oxígeno le harían imposible sobrevivir más tiempo allí. Era, pues, necesario no desperdiciar esas horas que la bondad de

Dios le había concedido para expiar del todo sus culpas y disponer de la mejor manera su alma ante el terrible y definitivo Juicio. Inició una acción de gracias, que quiso prolongar como en él era costumbre, pero en seguida le pareció como si la caja en que se hallaba aprisionado se hiciera por momentos más estrecha y comenzara a asfixiarle. Debía agradecer que fuera así, debía aceptarlo con alegría, pero hubo de violentarse para refrenar sus brazos, que de nuevo se lanzaban a golpear la tapa.

Presas de la mayor angustia y respirando agitadamente, le sobrevino un pensamiento que al punto se le presentó como liberador: su deber era golpear, su deber de hombre y de cristiano era no dejarse morir allí, como en un suicidio lento. Y entonces lo hizo ya con saña, con toda su energía, no solo golpear hacia arriba y hacia los lados con puños, codos y pies, también gritar, y gritó socorro, ayuda, estoy aquí. Gritó y golpeó desesperadamente diez minutos, veinte, treinta (imposible tener noción del tiempo), no hasta quedar exhausto, que aún no lo estaba, sino hasta que otro pensamiento, mucho más clarividente al parecer, le devolvió de inmediato a la quietud. En modo alguno debía permitirse reaccionar así. Aquella furia era indigna de su nombre y del talante dócil y pacífico que había mantenido en todas las pruebas de su vida. ¿Qué dirían ahora de él si le oyeran? Y qué dirían, no solo en mera hipótesis, sino quizá, de hecho, ahora mismo en la pura realidad. ¿Acaso era descartable que su tumba, en el cementerio de aquella ciudad pequeña donde habían transcurrido sus últimos quince años, no estuviera siendo ya objeto de visitas continuas de tanta gente devota como le había venerado en todo ese tiempo? ¿Acaso

no se iban a sentir escandalizados irreparablemente, por más que el instinto de supervivencia fuera un hecho justificable incluso en las personas con fama de santidad?

Pero no, no debía pensar en eso, debía tan solo confiar en Dios, confiar y esperar, no sentirse abandonado por Él ni siquiera en aquel trance. Alguna solución acabaría por aparecer, cómo dudarlo, cómo dudar de que el tiempo, el simple paso del tiempo, antes o después, todo lo remedia en esta vida. Lo malo era que allí, en aquel lugar, precisamente el tiempo parecía no transcurrir. Lo que a él le habían parecido diez minutos igual podían ser tan solo diez segundos que diez horas. Aquella oscuridad y aquel silencio le harían enloquecer bien pronto, era más que previsible. Se llevó la mano diestra a la muñeca izquierda en busca de su viejo reloj: le habían enterrado sin él, y lo lamentó porque, aunque no era fosforescente, el simple hecho de oír su tictac cuánto le hubiera aliviado. Trató entonces de encontrar su rosario, ¡cómo no se le había ocurrido antes! Lo buscó en el bolsillo de la sotana, se palpó por todo el cuerpo. Lo normal habría sido que Sor Anamari se lo hubiera colocado entre las manos en el ataúd y que al moverse después, al recobrar la conciencia, lo hubiera dejado caer por entre los pliegues de la sotana. El rosario siempre fue su compañero más fiel; en las peores tribulaciones la piadosísima Virgen María no dejó jamás de ir en su auxilio: ahora era el momento de recurrir a ella, de recitar una y otra vez el avemaría con la certeza de que solo así evitaría la locura que se le echaba encima.

Tanteó todo el féretro una y mil veces, pero no dio con el rosario, allí no estaba. ¡Cómo era posible que a Sor

Anamari se le hubiera pasado un detalle tan importante! Qué poca cabeza la de aquella monja, qué calamidad. Y volvió a la crispación. Aporreó de nuevo la caja. Gritó ayúdenme, soy el padre Guzmán, me han enterrado vivo, vivo, vivo, sáquenme de aquí por caridad. Pero, aunque gritó hasta la afonía y aporreó hasta lacerarse los nudillos y los codos y aún el cráneo, tampoco esta vez llegó hasta el límite. Un nuevo pensamiento le contuvo finalmente: era evidente que aquella caja no cedería, como era evidente que nadie alcanzaría nunca a oírle: se iba a morir renegado además de lacerado, y cuando dentro de algún tiempo procedieran a la exhumación oficial de su cadáver, en lugar de confirmar y atestiguar los indicios de la santidad, la desolada comisión se toparía con la inequívoca figura de la desesperación.

Un frío negro le invadió por completo. Aún movió unos instantes ambas manos, torpemente las condujo hasta la boca: tenía aliento, por supuesto que tenía algo de aliento, respiraba, un soplo tibio que fue como el susurro de su eterna y maldita pervivencia. Estaba condenado, y condenado para siempre, esa era la verdad que al fin se le imponía: a pesar de sus cincuenta años de piedad, de tantas mortificaciones y ejercicios de virtud, el juicio último le había sido enteramente adverso y he ahí que se encontraba ya entre los precitos. Entonces respiró más hondo y, al hacerlo, al penetrar con violencia hacia su pituitaria aquel intenso aroma a lilas, su memoria se desbloqueó de pronto e iluminó como un relámpago la oscuridad del ataúd. No eran flores fúnebres lo que tan agobiantemente olía, no, era el perfume indeleble de L., aquella joven divorciada que había acudido un día funesto a su confesionario,

a poco de regresar restablecido del hospital, aquella amiga dulce e infeliz que había sido la causa de su caída y de su defección.

Con odio y amargura quiso pronunciar su nombre y maldecirlo, pero en seguida comprendió que no servía de nada. Era estéril gritar, golpear, pedir misericordia a Dios o desear siquiera por curiosidad un solo gesto cínico y jocoso de aquel embaucador que al fin se había salido con la suya. Todo era ya ilusorio, imposible, y su yerta mano diestra, que había administrado tantas veces para otros la gracia y el perdón, a él solo le iba a servir de ahora en adelante para taparse la nariz con repugnancia, inútilmente.

SEGUNDO PREMIO
Y todo por la lluvia
Ramón Darío Tarruella



Foto: Lucía Pisanú

Ramón Darío Tarruella

Nació en Quilmes, en 1973, y actualmente vive en La Plata.

Estudió Historia en la Universidad de La Plata. Se desempeña como docente en un instituto terciario y coordina talleres literarios.

En lo laboral, pasó por varios empleos, entre ellos el periodismo, en diarios nacionales, revistas culturales y de interés general. Fue columnista de diferentes programas de radio (FM Universidad, FM Estación Sur).

Hace cinco años coordina el ciclo literario “Cuatro Ficciones”, en La Plata, por donde pasaron los escritores e intelectuales argentinos más importantes de esos años.

Publicó cuentos en revistas literarias y suplementos culturales y salió finalista de varios concursos (Haroldo Conti, Novelpol de España, Macedonio Fernández de Lomas de Zamora, Tierra de Monegros de España).

Es autor de dos libros de no-ficción, *Crónicas de una ciudad: historias de escritores vinculados a La Plata*, en 2002, y *Mitos y leyendas de La Plata*, en 2007, ambos por La Comuna Ediciones. Y autor de dos novelas, *Balbucesos* (Mil Botellas, 2008) y *Allá, arriba, la ciudad* (2.º Premio del Concurso Luis José de Tejeda, 2009).

Es integrante y fundador de la editorial Mil Botellas.

Y todo por la lluvia

Ramón Darío Tarruella

El trato se cerró en un bar de la calle 4 y 35. La moza, que servía el vino con la mano izquierda, de dientes potentes y palabras torpes, nos advirtió que la entrada se demoraría unos minutos. La noche comenzó con una llovizna molesta, sin frío, situación extraña a mediados de agosto, cuando aún las bajas temperaturas no se sentían. La lluvia venía anunciándose desde la mañana y comenzó con una llovizna en aquel bar, cita prevista un jueves y una semana antes para sellar el trato, en donde pedimos una contundente picada completa para tres.

Apenas llegó la picada, se desató un viento huracanado, el prólogo a la tormenta, inmediata. Y el trato se selló en minutos, los datos del sujeto, sus lugares y horarios, un moroso y posible delator, un moroso al

que había que anotar de su deuda; mi paga en dos partes, y entonces, ellos, hombres sin apellidos, tomaron los abrigos de los respaldos de las sillas y se fueron, un saludo con prisa, huyeron temerosos de mojar sus trajes, importados, de cruzar las esquinas borboteando agua, atravesar el Camino General Belgrano en la adversidad. Dejaron unos pesos debajo de la fuente de la picada. Y huyeron.

Lo mismo ocurrió con los ocupantes de las otras mesas que pronto suspendieron los pedidos; primero salió una pareja de treinta años, pisándole los talones a los hombres de trajes, mis empleadores, luego se despidió el matrimonio con dos hijos que devoraban impiadosos las papas fritas. Todos ellos salieron del bar, en pasos desordenados, encogiendo sus cuerpos para resistir el ventarrón.

Esa noche, en la que perdí por segunda vez en el año la cartuchera con todos mis útiles de trabajo, uno de mis trabajos, decidí terminar la picada y el resto del vino, y contemplar la tormenta en el bar. Guardé los pesos que dejaron debajo de la fuente, junté un bocado de queso y de jamón del campo, uno encima del otro, y allí quedé, las piernas desplegadas hasta llegar a la otra silla, ahora vacía. La moza, de dientes potentes, con un delantal uno o dos números mayor que su talle, ordenó primero la mesa del matrimonio, juntando las papas fritas dispersas alrededor de los platos de los chicos. Cuando volvió a la mesa, luego de llevar los platos, sacudió el mantel para que las migas cayeran en el piso, algunas incluso llegaron a mis pies, y acomodó, sobre la mesa, luego del mantel, los cuatro platos nuevos, boca abajo, y el cenicero en el centro. Me echó una mirada

desprejuiciada. Definitivamente, tenía una dentadura gigante y desapareja. ¿Lo abandonaron sus amigos?, me preguntó, al borde de la mesa. Así parece, respondí.

La otra moza apareció en el salón sin el delantal, el pelo desatado, una campera de jeans y la cartera sobre el hombro izquierdo. Detrás de ella, un hombre alto y gordo, con gestos de cocainómano, comiéndose las uñas, los ojos inquietos, aceleró el saludo a la otra mujer, la única que quedaba con ropa de moza y trabajando de moza. Le dejaron un beso y salieron juntos. De espaldas descubrí que con su mano derecha el hombre abrazaba el casco de una moto. Eché un vistazo por la ventana. Comenzó la lluvia. Tan furiosa la lluvia que apenas divisé dos siluetas, desaparejas, ella, petisa y flaca, él, un osobuco con patas. Cercanos a la puerta, al finalizar el pasillo de entrada, el hombre llevaba la moto con ambas manos, sin encenderla y el casco puesto.

Me llené la copa de vino, solo en el salón, y la lluvia antojadiza, inundó en minutos las canaletas y los desagües del bar, y asfixiando a la ciudad, en la misma donde perdí por segunda vez en el año mi cartuchera con los útiles, desde lapiceras de diferentes colores hasta una abrochadora chica, del tamaño de la palma de mi mano. La perdí en un micro que unía un rincón a otro de la ciudad, de Olmos a Plaza Moreno, orillando los diferentes barrios en una hora de recorrido. Y yo, dormido y con el diario desplegado sobre mis piernas, a mitad del recorrido perdí, por segunda vez en el año, la cartuchera, y nuevamente, a comprar todos los útiles en una buena librería del centro.

Extraño día, deduje, jueves y contemplando al salón más grande que nunca y la única moza que ahora, sin

delantal, comenzó a subir las sillas sobre las mesas, dejándolas patas arriba, primero las mesas cercanas al mostrador, las más grandes, para seis personas; de a poco fue llegando a mi lugar, yo, con las piernas echadas hacia delante, restando aceitunas del platito, continuaba la picada, suficiente como cena, y ella que alzaba con ambas manos las sillas, sin importarle que en cada movimiento demostrara sus pechos robustos, ocultos debajo de un suéter holgado, y desde el fondo del salón, el sitio donde los mafiosos suelen sellar sus trabajos, apreciaba también sus piernas, frescas, intrépidas. Se movía con soltura, en movimientos acelerados.

Y en esos instantes en que ella se acercaba a mi mesa, ocupada en la misma tarea, pensé esa misma situación en verano, una remera ajustada o un escote, la pollera más corta, pero era invierno, tal vez el día más lluvioso del año, y por eso me encontraba en el bar, con una picada ordenada sobre una tabla.

Cuando ella se arrimó a mi mesa, invirtiendo sillas, dos hombres aparecieron detrás, por el mostrador. Me saludaron con un movimiento de cabeza y uno de ellos me preguntó, apuntándome con el mentón, si quería algo de la cocina. Y con ellos listos para salir, los abrigos en la mano, sin delantal y con el horno apagado, qué podía entonces yo responder. Les agradecí y de inmediato se le animaron a la lluvia, salieron, sin demoras, cubiertos con la parte superior de sus camperas.

El salón quedó a solas y con las sillas subidas a los bordes de las mesas, patas arriba, salvo una, la más cercana al mostrador, al borde del pasillo que conducía a la cocina, en el otro extremo. En el silencio, la lluvia era la gran protagonista, golpeando los techos, bajando

por las canaletas, adhiriéndose a las ventanas, con una intensidad que parecía aumentar a cada minuto.

Terminé la copa. Y la llené. Continué con la picada, dos bocados, combinación de queso y salami picado fino.

Y apareció la moza, con una botella de vino por la mitad y un vaso. Me dejó una sonrisa y retornó al interior de la cocina.

Creo que demoró más de lo posible, al menos eso pensé, mientras disfrutaba del vino, y recordaba el micro donde perdí mi cartuchera, al salir de un colegio de Olmos, donde daba Geografía de segundo año, título que obtuve en un terciario, nocturno, y que me permitía subsistir, repartiendo las mañanas en tres escuelas. Y durante las tardes, en épocas de encargo, esperaba órdenes para la noche, porque esos trabajos se realizaban en horas clandestinas y en esquinas turbias, con hombres a los que fácilmente me acostumbré porque tal vez con ellos crecí, y porque tal vez esa profesión la heredé de mi padre, que supo tratar con hombres escurridizos y tercos, siempre alertas, por quienes perdió la ética, el hígado y al tiempo, la vida, en una noche de domingo luego de un negocio mal llevado, porque de mi padre heredé la profesión, de la que nunca se jubila, como bien decía él, antes de la balacera.

La Geografía la elegí para ubicarme, encontrar coordenadas y nombres, por ejemplo, en aquella noche de jueves, rodeado de una lluvia que todo lo paralizó, por momentos me parecía el sitio de una ciudad lejana, a conocer, pero tan solo la moza me ubicaba en el lugar, ella, que ahora se disponía a cenar lo que los últimos

dos cocineros le dejaron, un intenso plato de tallarines con salsa y mucho queso rallado. Se sentó a la mesa, al otro lado del salón.

Hay más, ofreció.

Negué con un movimiento de cabeza. Buen provecho, y le indiqué mi fuente con picada, suficiente. La vi comiendo tallarines, llevando trazos amarillos a su boca con un tenedor hábil, ella, agazapada frente al plato, cenaba rápido, despreocupada de mi presencia. De tanto en tanto le echaba una mirada, y en esos minutos, estacionados, pensaba que nunca había visto a una mujer comer tallarines, tarea difícil llevar esas pastas con decoro a la boca, y pensé también, a poco de terminar la copa, que nunca agasajaré a una dama con tallarines, ya sea en mi casa o en un barzuchó.

A mitad del plato, se dio un intervalo para beber, un corpulento tinto, en un vaso retacón, siempre de oferta en los bazares de estación. Y de un momento a otro, cuando ella apresurada finalizaba su cena, advertí que la copa que recién me servía era la última. La botella, vacía. Y la bodega del bar, intacta. Vivía, intermitente, de negocios sucios, pero jamás usé un arma para robar. Menos, vino. Por eso, la bodega, a metros, se volvía posible, sin riesgos, porque la lluvia no cesaba y los dos, desamparados, qué más podíamos hacer.

Igual alcé mi copa, tomé un trago, lento. Y ella, repasaba su plato vacío con un pedazo de pan, lo untaba en los bordes, con saña, tampoco esos gestos vi en una mujer.

Con una sonrisa y la copa en alto, casi vacía, le festejé su cena, y ella me respondió alzando el pulgar de

su mano derecha. Y metió un cigarrillo entre sus labios poderosos, lo encendió, primero, echando un humo desprolijo, y luego, antes de que me diera cuenta que se trataba de un porro, me ofreció la botella de vino, venga, sírvase, mientras echaba una pitada, profunda, bien encendido.

Y con la copa en la mano, ella expresó el gesto preciso para que yo me sintiera cómodo, evitando torpezas. Apenas una mueca con su boca, quizá una sonrisa, un leve movimiento de las cejas. Y mientras me servía vino, ella ofrecía, en ese gesto, lo que tenía a mano, mientras afuera, la lluvia despedazaba la ciudad.

El cigarrito lo rechacé. Con el vino regresé a mi mesa.

¿A qué se dedica?, preguntó con voz gutural, imprecisa, entre sílabas que se desarmaba por el humo, interminable. Mejor dicho, ¿a qué te dedicás?

Dudé de cuál de las dos profesiones hablar. Su ritmo permitía un intervalo. Tranquilo, entonces, con el sabor del vino, nuevamente, dejé que la pregunta se diluyera en su sobremesa, con el gusto de la marihuana.

Y en ese intervalo, busqué recuerdos comparables a ese momento. Pocos. Por mucho menos, yo me hice de amigos.

No puedo mentirte sobre mi trabajo, agregó ella, vos hacelo con ganas. Desenfadada, disfrutó de la broma y desparramó su risa sobre el plato vacío.

Me gustó verla con el cigarrito en la boca, bebiendo vino, con la soltura de los fumadores de marihuana. Y en

ese momento, pensé en confesarle mis dos profesiones, en realidad, de una de ellas podía hablar y decirle por ejemplo, que con una carpeta colmada de trabajos prácticos y pruebas, de mapas calcados de una y otra región, de este u otro continente, repartía las mañanas en una escuela de Olmos, a dos cuadras de la cárcel, y otra en el barrio de Los Hornos; la otra, la tercera escuela, en un barrio de City Bell, privada, con lomos de burro en las calles aledañas para reducir la velocidad de los autos de los hijos de ingenieros y abogados, podía contarles, entonces, que mi profesión legal me ocupaba tres mañanas, los tres días que llevaban “r”, gracias al título que me dio un instituto terciario, una carrera de cuatro años, podía contarle también que pertenecía al honroso síndico de docentes, cobrando el quinto día hábil de cada mes, y que yo también hacía colas en los cajeros para chequear la cifra que depositó el gobierno de la provincia, que también participaba de las jornadas de perfeccionamiento docente, ocupando la mañana entera discutiendo temas que proponía el titular de Educación, que me reunía en la sala de profesores a escuchar quejas de alumnos, los mismos apellidos por cada curso, podía dedicarme el resto de la noche a relatar los gajes de ese otro oficio, mientras ella ahora tosía, con esmero, luego de una pitada larga, que incluyó alguna semillita sin picar y por eso la tos no paraba y por eso necesitó un trago de vino, un sorbo largo.

De a poco recuperó la postura, erguida, contra el respaldo de la silla, el cigarrito otra vez en sus dedos, y otra pitada, medida, cauta.

No me respondiste, recordó.

Y entonces le dije de mi título de profesor de geografía, de los tres escuelas, de los cursos y la

cantidad de alumnos. Ella, de vez en cuando, me interrumpía para preguntar algo de la profesión, la legal. Y asentía, con un leve movimiento de cabeza, se mostraba dispuesta a escuchar un sinfín de detalles y anécdotas. El tiempo estaba de nuestro lado.

Me acerqué a su mesa en busca de otra copa. Ella, plácida, su mano derecha en el vaso, el cigarrito, esperando en el cenicero, las dos piernas estiradas hacia delante, juntas en el extremo. Llevaba zapatillas deportivas, blancas, con abrojos en vez de cordones.

Esta vez, ella me sirvió vino, sin moverse, apenas un ligero movimiento de su mano derecha sobre mi copa.

Olía bien el cigarrito.

Al regresar a mi lugar, a la distancia, observé la mesa. Los restos de picada, dispersas en la fuente, el matambre y la mortadela, intactos, pocas aceitunas y nada de salami, jamón y queso, evitaba los fiambres con “r”, alguien, alguna vez, quién sabe cuándo y por qué, me aconsejó, y así cumplí. Al lado de la fuente, la panera. Un cenicero sin uso y servilletas apiladas, la botella de vino, vacía. Y en una esquina de la mesa, la carpeta con los datos de un moroso que adeudaba unos miles de dólares. El trabajito.

Me acomodé a la mesa, estirando las piernas, igual que ella, yo con zapatos, sin lustrar. Tomé la carpetita y la abrí.

¿Estás repasando la clase? ¿Te aburrí?, inquirió, moviendo apenas los labios.

Datos de mi otro trabajo. Soy gángster también. Ella otra vez desparramó su risa de marihuana sobre la

mesa, y acurrucó su cuerpo sobre el respaldo de la silla, encogiendo las piernas, las rodillas juntas debajo de la mesa.

Continuaba riéndose, la dentadura ostentosa. Movía la cabeza con violencia, perpleja, sacudiendo su cola de caballo que le rozaba un hombro y el otro.

Me arrepentí.

Fumó dos pitadas. ¿Y las armas?, una nueva pitada, ¿Por qué no vestís de negro?, pitada suave, breve. ¿Y la chaqueta y el sombrero? Sus preguntas se ensuciaban por las carcajadas, que hacía de su cuerpo una silueta destartalada, que se armaba y desarmaba antes y después de cada pregunta.

Eché un vistazo a la ventana, intentando descubrir alguna figura en el pasillo del restaurant. Apenas se veía una mancha oscura, de fondo. La enredadera, justo frente a las ventanas. La lluvia no menguaba.

¿A qué te dedicas? Asesino a sueldo. Sicario. Narco. Secuestrador. Extorsiones.

Eficaz la marihuana, deduje, mientras la enredadera tomaba forma. Ya podía divisar su color verde y parte de su extensión. Me acostumbré a distinguir objetos y siluetas detrás de la lluvia.

Contame, no te enojés... su voz cobró postura. Olvídate. Fue una broma. Se acabaron las preguntas y las carcajadas disonantes, se volvió cordial y me ofreció vino, nuevamente, y el cigarrito, pidió disculpas otras tantas veces, aunque de vez en cuando se le escapaba una risa, simulada bajo una tos efímera, forzada.

Incluso, cruzó las mesas para llenarme la copa, a pesar de que yo tenía vino suficiente, y lo sirvió como se debe, inclinando la botella tres cuartos, con la mano derecha. Me preguntó algo más y volvió a su lugar. En su trayecto, advertí que se había cambiado la pollera por un vaquero holgado, color negro. En la parte superior, encima del bolsillo derecho, se destacaba un rectángulo vacío, donde tiempo atrás existió la marca.

Se sentó como antes. Otra vez, las zapatillas blancas cruzando debajo de la mesa.

Contame la verdad. ¿Sos gángster o profesor?

Profesor.

Me quedó mirando fijo, con una mueca de dudas en sus labios, frunciéndolos, demostrando que su boca podía adoptar un tamaño normal.

Evité su gesto, allí congelado, permisivo. El tiempo, siempre, de nuestro lado, permitió que la lluvia se volviese protagonista, rodeando el restaurant, cercando la ciudad, postergando reuniones y vaciando locales nocturnos.

¿Te puedo creer?

Asentí con un movimiento de cabeza. Se terminó, ella, lo que quedaba en la botella de vino, sin invitar. En movimientos lentos, se paró, apartando la silla. La sonrisa se le había trasladado ahora a los ojos. Eficaz la marihuana.

No te creo. Se acomodó el cuello del suéter. Sus pechos, a la distancia, emergieron altos, sólidos.

Y se alejó de la mesa, sin palabras, llevándose la botella vacía. Al llegar al mostrador, y antes de perderse en la cocina, vi otra vez el pantalón negro, la parte de la marca, vacía, y sus zapatillas deportivas, blancas.

No busqué siluetas detrás de la lluvia. Cerré la carpeta y tomé un trago de vino. Me llevé un pedazo de pan a la boca, solo, por aburrido, porque la lluvia se volvió monótona, mis respuestas no abrían diálogos y ella se demoraba.

Regresó con otra botella de vino, casi llena, panzona y petisa, etiqueta roja y letras góticas, abierta. En la otra mano, un mazo de cartas y una lapicera.

Pasó por su mesa, y sosteniéndolo con dos dedos, tomó el vaso. Llegó a mi mesa. En el interior del vaso, quedaron impresas las yemas de sus dedos. El mazo de cartas era de cuarenta.

No te creo, insistió.

Juntos acomodamos el resto de la picada y el pan en un plato. Dejaste algunos fiambres, descubrió. La fuente y la panera, vacías, las llevó a la mesa de al lado, ubicándola entre las patas de una silla. Son fiambres que llevan “r”, advirtió. Por eso, la docencia para los días “r” y los negocios sucios, para los días sin “r”, respondí. Ella sonrió con los ojos, en su boca, en cambio, se prolongó un gesto confuso.

La botella la dejó en el centro, y comenzó a mezclar las cartas, con destreza; caían sobre su mano derecha con una rapidez asombrosa, yo no advertía cuándo terminaba de caer el mazo entero sobre la mano y cuándo volvía a barajar.

¿Escoba de quince o truco?, propuso.

Escoba de quince, elegí, sin “r”. Ella tomó una servilleta y dibujó dos columnas, en el extremo de una de ellas, escribió la letra V.

Ricardo, le dije, y entonces ubicó la letra R en la parte superior de la otra columna. Y luego mezcló las cartas, por enésima vez. Observé mi copa y su vaso. Había suficiente vino. La botella, de letras góticas, esperaba. Aparentaba un tono soberbio.

Años hacía que no jugaba a la escoba de quince. Noche particular aquella. Y todo por la lluvia, que afuera, sin treguas, despedazaba la ciudad.

TERCER PREMIO

Nona, Décima y Morta

Miguel Ángel Gayo Sánchez



Miguel Ángel Gayo Sánchez

Nace en Madrid en 1966, pero unas oposiciones tardías lo llevan hasta Sevilla, donde reside desde hace más de una década. En principio, la nueva ciudad se presenta como un destino transitorio, pero una inquieta granadina se cruza en su camino y le cambia los planes. Ahora vive feliz junto a ella y los dos hijos que llegaron fruto de esa maravillosa improvisación.

Durante su juventud participa en la creación de diversos periódicos de barrio en su Madrid natal. Hace unos años salta a la creación literaria, lo que le ha permitido cosechar numerosos premios y reconocimientos. Entre ellos: 1.º Premio en el Concurso Internacional de Relato Corto Elena Soriano (2009), 1.º Premio en el IV Certamen de Cuentos y Relatos “Junto al Fogaril” (2011), 1.º Premio en el XI Concurso Internacional de Cuentos Navideños “Arcángel San Miguel”, 1.º Premio XXXV Certamen Literario de Poesía y Relato Corto Castillejo Benigno Vaquero (2011), 1.º Premio en el XIII Certamen Literario de Poesía y de Relato Corto Ciudad Sant Andreu de la Barca (2012)...

Su pasión por el relato y el microrrelato no le impide trayectos más largos, por lo que cuenta en su haber con tres novelas, aún inéditas y en busca de editor.

Nona, Décima y Morta

Miguel Ángel Gayo Sánchez

—Doctor, ¿vio usted el alma de mi padre escapar del cuerpo?

Después de veintiocho años practicando autopsias, el doctor Mario Ceballos se enfrentaba al dolor de los familiares con el rol impostado de la comprensión. Pero aquella pregunta le alteró la pose.

—Nunca vi tal cosa.

El joven lo agarró del brazo y le clavó su mirada varada en el asombro.

—¡Imposible! La sangre de los cuerpos aún está caliente cuando usted los raja. Tiene que haber percibido algo. Una luz, un escalofrío, algo. ¡Sea sincero! El alma de mi padre se le escapaba incluso en vida... ¿Qué le

voy a decir a mi madre? ¡Hable usted con ella! ¡Mienta si es necesario! Dígale que un inusual olor a nardos inundó la sala de autopsias... A mi padre siempre le gustaron los nardos en flor.

El doctor se zafó con suavidad del agarre del joven.

—Le puede decir a su madre —acababa de recordar algo— que tras la muerte, las vísceras de los difuntos se aligeran del peso de la vida.

El doctor regresó a la sala de autopsias. Le esperaba el cuerpo de un joven suicida al que encontraron descoyuntado en los bajos de un viaducto. Trabajo rutinario para la ciencia forense.

El doctor compartía piso con Simón, un gato balinés de pelo blanco y sedoso. El carácter leal de esta raza solo aceptaba un dueño, así que durante los trámites del divorcio nunca se discutió la querencia del animal hacia su persona.

Una insólita profilaxis le unía con el animal. El jabón antiséptico de la clínica forense le provocaba una molesta urticaria en las manos. Simón arrastraba con sus lametones las células muertas de la piel, lo que calmaba el escozor y ayudaba a sanar las heridas.

Después de la cena se recostó en su sillón de masajes y ajustó un ciclo completo. El sillón (un armatoste de cuatro motores) lo adquirió en el centro comercial a una joven vendedora de voz acaramelada. Pero no fue la sensualidad de la muchacha lo que provocó la compra.

Más perturbadora que la joven resultó sentirse elegido de entre el público que a esa hora atestaba el centro comercial. “A la gente de su edad un masaje diario le resta años”, aseguró la vendedora certificando con ello la veteranía de su imagen.

—Claudiqué ante aquella jovenzuela —dijo en voz alta acariciando el lomo de Simón, que también parecía saber apreciar las excelencias del armatoste. Luego se dejó lamer la urticaria de las manos con la lengua cónica del minino mientras su cabeza compensaba lascivamente el desaire de la vendedora.

De pronto, las imágenes libidinosas cesaron y dieron paso a la conversación que mantuvo con el hijo del hombre al que le gustaban los nardos en flor. “Las vísceras de los difuntos se aligeran del peso de la vida”, una extraña respuesta impropia de su oficio. ¿Qué le llevó a afirmar tal cosa? Ahora, aquellas palabras le resultaban extrañas, como si hubiesen sido pronunciadas por otra persona.

—He rebuscado en las entrañas de cientos de cuerpos y jamás encontré el más mínimo atisbo de algo que lo pueda trascender. Si el alma existe, no es computable en términos forenses.

Este último pensamiento pareció tranquilizarle y le predispuso para el descanso nocturno. Pero solo fue una pequeña capa de barniz espolada por su educación científica. Un imprevisto la hizo saltar en mil pedazos a las pocas horas. Y es que aquella noche el corazón del doctor Mario Ceballos dejó de funcionar.

A lo primero creyó que se trataba de una imagen onírica lanzada desde el sueño profundo. Pues tuvo la representación de que alguien le apoyaba un puño sobre su corazón y se lo retorció. Pero el intenso dolor en el pecho le pareció demasiado real. Luego el dolor se extendió desde el corazón hasta la quijada y terminó por despertarlo. Cuando el dolor reptó hacia el hombro izquierdo y se deslizó por ese brazo, comprendió que estaba sufriendo un infarto agudo de miocardio.

Volvió a despertar en la sala coronaria del hospital provincial. Le llevaron allí después de que él mismo consiguiese telefonar a los servicios de emergencia. Para él, todo eso forma parte del sueño. Lo único que recuerda de aquella noche (aparte de ese puño retorciéndole el corazón) es la lengua cónica del minino lamiéndole la mejilla. El gato, así, se despedía de su amigo, y pudo tener un último gesto para con él esbozando una mueca de sonrisa justo antes de perder el conocimiento.

Despertó al caer la tarde, cuando los hospitales se vaciaban de visitas y el personal médico se reducía a lo imprescindible. La primera persona que le informó de lo sucedido fue la enfermera del turno de noche. Dijo llamarse Nona. Debía ser extranjera. En su acento se apelotonaban los dejes de varias lenguas.

—Estuvieron aquí su mujer y sus hijos.

Mario torció con desdén la cabeza hacia el monitor de constantes vitales y observó la frecuencia cardíaca.

—Mi corazón parece cansado —murmuró.

—Entonces vaya pensando en aligerarlo antes de que sea demasiado tarde —dijo la enfermera.

Mario se giró hacia ella:

—¿Aligerar el corazón? Es curioso que usted lo mencione. Hoy mismo hablé yo de esa posibilidad. Pero me refería a las vísceras de los muertos.

La enfermera se acercó a la cama y le arropó para el descanso.

—El corazón es la gran víscera de los vivos. Aunque existen otras que también cuentan —dijo—. Doctor Ceballos, usted trabaja con restos, con lo que resta de la vida cuando esta decide partir. Mi especialidad es otra. A esta unidad llegan personas que visitaron el umbral sin llegar a traspasarlo. Esto les coloca en situación de ventaja.

—¿Ventaja? ¡Menuda ventaja sufrir un ataque al corazón!

La enfermera se acercó hasta la puerta y apagó la luz. Antes de abandonar la habitación, le habló entre penumbras:

—Por mi trabajo he ayudado a muchos moribundos en los días previos. Sé de lo que hablo. ¿Sabe usted que las contradicciones, las frustraciones y los resentimientos se reflejan físicamente en el cuerpo? Cuando algo nos produce miedo solemos sentir un extraño cosquilleo en el estómago. El odio exacerbado a otra persona se nos agarra en el hígado. Las cosas que nos dan asco nos remueven las tripas y nos hacen vomitar. Las prisas nos producen acidez; las indecisiones, estreñimiento; la inseguridad, diarrea. Y así siguiendo. Todo se refleja en el cuerpo, se sobreimpresiona en él como si fuese una película fotográfica. Algunas vísceras son

determinantes en este proceso. En ellas se atenazan las contradicciones más profundas, los odios insalvables, los resentimientos más intensos. Y con esa carga es imposible partir. Algunos pueblos antiguos descubrieron esto. Recuerde el mito egipcio sobre el juicio final. El difunto se presentaba con el corazón en la mano ante la balanza de las almas. Solo si su corazón pesaba menos que una pluma podría seguir el camino ascendente por el reino de los muertos. En fin, trate de descansar. Mañana vendrán sus familiares.

La enfermera cerró completamente la puerta. Mario, no obstante, creyó seguir escuchando su voz de acento inescrutable:

—Reconciliarse con los seres queridos es como volver a nacer. Entonces nos volvemos ligeros como una pluma. Siéntase afortunado por saber esto.

Aquella noche Mario soñó con su hija cuando aún era una inocente y preciosa niña. Hoy, la abogada penalista Mercedes Ceballos defendía a poderosos delincuentes de cuello blanco sin el candor de la infancia, y su rostro, hierático ante el tribunal, se aceraba con el paso de los años. Mario soñó con sus interminables abrazos junto al columpio del jardín, cuando para ella él era el mejor papá del mundo. El columpio lo construyó él mismo en un alarde de bricolaje que sorprendió a su mujer (que siempre le recriminó su dejadez para los arreglos domésticos), pero esa niña tan querida bien se lo merecía. En el sueño, después de los arrumacos que Mercedes le prodigaba y que tantos celos provocaron en su hermano, la balanceó en el columpio al son de una canción que inventaron en secreto y que en vigilia hoy

le resultaba imposible de tararear. El columpio ganó en velocidad al ritmo del estribillo y terminó por salir despedido hacia el cielo llevándose a la niña. Su mujer observaba la escena desde la ventana de la casa como si fuese una estatua de sal.

Se despertó en mitad de la noche con esa mirada escrutadora de su mujer y con la visión de su hija balanceándose en las nubes.

—Te alejaron de mí, y eso es irreconciliable —susurró con lágrimas en los ojos.

Apretó el botón del interfono y solicitó la presencia de la enfermera. De pronto sentía una fuerte necesidad de hablar con ella.

—¿Quién es usted? —preguntó decepcionado cuando se presentó otra persona—. ¿Podría avisar a su compañera? Una tal Nona.

—¿Nona?... Será mejor que descanse. Mañana vendrán sus familiares. Les tiene muy preocupados. Su hija se ha llevado un buen disgusto.

Al final la enfermera le ofreció un somnífero. Los sueños, si los tuvo, ya no le perturbaron.

Por la mañana se despertó con un rictus de clarividencia. Los problemas en sus pulmones, una pequeña insuficiencia respiratoria que le ahogaba en los esfuerzos, lo relacionó con la añoranza de la hija.

—Los pulmones, como alas de mariposa que baten el viento.

Entonces cerró los ojos y dejó que su hija convertida en mariposa volara alegremente.

—Es hora de despertarse, doctor Ceballos —le interrumpió la enfermera del turno de mañana—. Tiene visita.

La primera en entrar fue Fabiola, su exmujer, portando la bandeja del desayuno. Le acompañaba su marido, el hombre que lo sustituyó.

—¡Qué disgusto nos has dado, Mario! ¿Cómo te encuentras?

Llegaba adornada y maquillada en exceso, tal como a ella le gustaba.

—Te aconsejo que guardes esas joyas tan pomposas durante mis exequias. La gente puede pensar que te alegras de mi muerte —ironizó Mario.

Fabiola se acercó a la cama y colocó la bandeja en la mesa auxiliar.

—Tengamos la fiesta en paz. Los niños andan muy preocupados.

En ese momento entraron Mercedes y Alfonso, sus dos hijos.

—Papi, ayer soñé contigo —dijo Mercedes acercándose a la cama y besándole con ternura en la frente—. Luego mamá telefoneó y me contó lo sucedido.

Hacía muchos años que su hija no se dirigía a él con ese calificativo. Cuando se quedó a vivir con su madre tras el divorcio, la pequeña Mercedes erigió una brecha que el tiempo se encargó de horadar.

—¿Soñaste con mariposas? —preguntó Mario.

—¿Cómo lo sabes? —la hija se sorprendió—. Todo sucedía en la sala de vistas del juzgado. De pronto, el fiscal y el juez se envolvían en sus togas y se convertían en dos arañas negras. Iban a devorarme cuando una mariposa sobrevoló la sala. ¡Eras tú, papá! No sé cómo, pero yo también me transformé en mariposa y juntos pudimos escapar. Parece una pesadilla, pero me desperté descansada y feliz.

Alfonso se acercó a su padre y amagó un saludo con la mano.

—Yo no sueño con mariposas. Será porque llevo toda la noche sin pegar ojo. Los médicos se temían lo peor. Ha faltado muy poco para que hoy te encontrases en la mesa de disección de alguno de tus colegas.

—No seas bruto, Alfonso —le recriminó su madre.

—Pareces idiota —dijo Mercedes—. Se te están pegando las groserías de tus alumnos.

—Dejadle en paz —intervino Mario—. Alfonso habla con las tripas. Pero no es culpa suya. No del todo. Siempre tuvo celos de ti —torció el gesto hacia Mercedes—. Y según la enfermera del turno de noche eso termina por enmarañar los intestinos. Ahora entiendo lo delicado de estómago que fue desde niño. —Se giró hacia su hijo y le habló con cariño—. Terminarás con una úlcera si no le pones remedio.

—¡Déjalo, papá! No sigas por ese camino —protestó Alfonso.

–Puedes empezar ahora –insistió Mario–. ¡Suelta las tripas! ¡Dile a tu padre lo cabrón que fue contigo! Dile lo despreciado que te llegaste a sentir. Cuéntales a tu madre y a tu hermana el día que tu padre te convirtió en el hijo invisible.

–Déjalo, papá –murmuró Alfonso con la voz entrecortada.

Mario extendió la mano y agarró con fuerza la de su hijo. Alfonso siempre huyó de los roces y nunca antes tuvieron un contacto así.

–Acércate, Alfonso. Quiero decirte una cosa.

El hijo se inclinó por la fuerza de su padre, que le estiraba de la mano.

–Te volviste invisible, es cierto –le susurró al oído para que nadie en la habitación escuchase lo que tenía que decir–. Cuando tu madre me dio la patada eché mucho de menos a tu hermana. Ya sabes lo unidos que estábamos. Pero con el paso de los años tu hermana y tu madre dejaron de ser reales y se convirtieron en sombras. Si cerraba los ojos me costaba hasta imaginarlas. Pero en esos años de desesperación siempre aparecías tú subido a aquel maldito árbol. Seguro que lo recuerdas. Te subiste al árbol y te negaste a bajar. Quizá otro padre hubiese escalado, o buscado una escalera. Yo te lancé piedras hasta hacerte descender.

Mario dejó que una solitaria lágrima resbalase mejilla abajo.

–Son muchas las noches que he subido a ese árbol a rescatarte, hijo mío.

Alfonso se derrumbó sobre su padre y lloró como el niño que fue, como si en ese momento estuviese siendo rescatado de aquel árbol infantil. Al inclinarse, los estómagos del padre y el hijo permanecieron juntos durante unos segundos.

—Puede que a partir de ahora mi estreñimiento mejore y tu acidez deje de amargarte las comidas —dijo Mario abrazando aún más fuerte a su hijo.

Después de unos minutos se separaron y descubrieron que se encontraban solos en la habitación.

—Deben estar fuera. Si quieres les aviso —dijo Alfonso secándose las lágrimas con las mangas de la chaqueta.

—Mejor será que descanse. Ahora mi corazón se sobresalta con facilidad. Dile a tu madre que venga esta tarde. ¡Pero que no se traiga al pingüino con el que se casó!

Su condición de doctor le permitió algunas prebendas en el hospital. Eligió un menú acorde con sus gustos y sustituyó la pieza de manzana por una porción de tocino de cielo. También pudo rechazar la pastilla tranquilizante por una infusión de manzanilla. Y es que sentía la necesidad de tener la cabeza despejada.

Después de comer leyó los mensajes del teléfono móvil. Amigos y colegas se interesaban por su estado de salud. Uno de los mensajes se lo enviaba su exmujer. Le avisaba de que esa tarde no podría ir al hospital. “Pero rezo por ti”, concluía el mensaje.

Fabiola siempre fue beata de misa y rosario. Este fue uno de sus muchos desencuentros durante el matrimonio. Trató de inculcar en sus hijos esos valores que a él se le antojaban cada vez más lejanos según avanzaba su educación científica. Ya desde los tiempos de la Facultad, donde se conocieron, ella estudiaba Historia y creía ver en los grandes acontecimientos humanos la intención última de un destino mayor. A él, por su parte, los profesores le enseñaron a remendar cuerpos o a destriparlos, y los tratados médicos nunca documentaron que un bisturí rajase el alma de algún paciente. Esa educación religiosa de ella no le impidió pedir el divorcio y volver a casarse, lo que para Mario fue una confirmación de la falsedad con la que vivía su fe. Así se lo dijo un día y pasaron varios meses sin dirigirse la palabra.

Se adormiló con estos pensamientos y trató de buscar en sus vísceras el lugar donde anidaba el resentimiento hacia su esposa, tal como le sugirió esa extraña enfermera llamada Nona.

Se despertó de la siesta con hambre. Una de las auxiliares le avisó de que aún faltaba media hora para la merienda. Aprovechó para telefonar a su exmujer.

—Pensé que te encontraría en mi hígado, junto a la bilis —le soltó en un silencio que se creó después de una breve conversa banal.

—¿De qué hablas? ¿Te ocurre algo?

—Pero no. Nunca estuviste allí. Desde que me enamoré de ti en la facultad siempre has circulado por mi sangre, dándome el oxígeno cuando lo necesitaba. Incluso después de la separación.

—Qué cosas más extrañas dices. ¿Te dieron alguna pastilla?

—Yo te sigo queriendo, Fabiola. A pesar de todo. Necesito que lo sepas.

Mario escuchó la respiración entrecortada de su mujer al otro lado del teléfono.

—Ya lo sé, Mario. Yo también necesitaba escucharlo de ti.

—¿Sabes a quién encontré en el hígado? Me encontré a mí mismo. ¡Ya ves! Así que nada debo perdonarte.

—Cuídate mucho, Mario. Mañana iré con los niños y nos reiremos de este susto que nos has dado.

—Claro, Fabiola. Mañana nos veremos.

Una nueva enfermera del turno de noche se presentó en la habitación, le tomó la temperatura y anotó las constantes vitales en el parte diario. A pesar de haber cenado bien, Mario pidió una infusión con galletas y rechazó el somnífero.

—¿Trabaja con ustedes alguna enfermera que se llame Nona? —preguntó Mario cuando la enfermera se presentó con la infusión.

—No me suena.

—Lo imaginaba —dijo Mario soplando la taza.

—Si quiere lo consulto en el cuadrante de turnos. Por aquí pasan muchas estudiantes para las prácticas.

—No hace falta.

La enfermera esperó a que Mario acabase con la infusión y las galletas. Luego recogió la bandeja y bajó la intensidad de la luz.

—Nona es un nombre muy extraño hasta para una enfermera. ¿No le parece? —dijo antes de abandonar la habitación.

Llevaba todo el día comiendo y durmiendo, así que se sentía especialmente lúcido y espabilado. Sin otro entretenimiento a mano, se pasó cerca de una hora con la vista fijada en el techo. Algunos estudios hospitalarios sugerían decorar las paredes de las habitaciones con pinturas de motivos alegres y relajantes. Pero a nadie se le ocurrió que los pacientes se pasan horas mirando el techo. Y a falta de obras de arte, crean las suyas propias. A algunos le salen verdaderos monstruos y terminan tirándose por las ventanas. Él bien lo sabía por sus autopsias.

Esta asociación artística le llevó a telefonear a su hijo.

—¿Qué te dice el nombre de Nona? Tú eres profesor de Arte. Algo sabrás —dijo sin preámbulos cuando su hijo atendió la llamada.

—¿Papá? ¿Eres tú?

—Claro que soy tu padre. Espero no haberte despertado. ¿Qué te sugiere el nombre de Nona?

—¿Sucedo algo? Es muy tarde. Deberías estar descansando.

—Me respondes y luego descanso. Ya sabes que soy muy cabezón y no pienso dejarte en paz hasta que me cuentes lo que sepas.

El hijo suspiró hondo. Conocía a su padre y sabía que hablaba en serio.

—¿Nona? Deja que piense... Ahora lo único que recuerdo es a una santa. Santa Nona, mártir del cristianismo. Su hijo fue el célebre San Gregorio de Nacianzo, obispo y doctor de la Iglesia.

—Eso no me sirve. Quizá a tu madre le sirvan los santos —se impacientó el padre.

—Bueno, también está el mito romano de las tres Parcas. Ya sabes, Nona, Décima y Morta. Tres hermanas hilanderas muy fastidiosas, ya que simbolizaban el destino y la duración de la vida de cada ser humano. Nona representaba el nacimiento e hilaba las hebras; luego llegaba Décima y enrollaba el hilo en un carrete, asignando el destino y el futuro a cada mortal; al final aparecía Morta con su balanza y sus tijeras. Ella era la encargada de cortar el hilo de la vida, sin distingos de edad, sexo o poder. Algunos de los que prueban las tijeras de Morta acaban en tu clínica forense, así que a partir de aquí sabes más que yo.

—Reconciliarse es volver a nacer —recitó Mario en voz alta—. Quizá por eso Nona, que representa el nacimiento, tenga mucho que decir en el momento de la muerte. ¿No crees, hijo mío?

El hijo resopló al otro lado del teléfono.

—Me pierdo, papá. Es muy tarde.

El padre le agradeció a su hijo la información y le prometió descansar.

—¿Seguro que te encuentras bien, papá? ¿Quieres que pase la noche contigo?

El padre se despidió con una frase inquietante:

—Quédate en casa. Las Parcas se pasean por la planta de este hospital y podrían equivocarse de persona.

Consultó el reloj del teléfono móvil. Marcaba las tres de la madrugada. Curiosamente le costaba recordar si todo el tiempo que transcurrió desde que habló con su hijo lo pasó despierto o llegó a dormir en algún momento. El monitor de constantes vitales parpadeaba y emitía un sonido desquiciante. Se incorporó y desconectó el aparato.

En la penumbra de la habitación escuchó que la puerta se abría y luego se cerraba. Intuyó unas sombras dentro de la habitación.

—¿Eres tú, Nona?

—Sí.

—¿Vienes sola?

—Ya sabes que no.

Mario se recostó y observó por última vez el techo pelado de la habitación. Le hubiese gustado encontrar allí a la Gioconda riéndose de la estupidez humana.

–Hermanas, sed bienvenidas. Me encontráis preparado. Ligero como una pluma... como debe ser. Por favor, acercaos.

PREMIO RELATO MONEGRINO

El secreto del abuelo

Jordi Portals Casanovas



Jordi Portals Casanovas

Jordi Portals (Barcelona, 1972) es licenciado en Periodismo y trabaja desde hace casi veinte años como guionista de programas de televisión. Ha escrito guiones para una treintena de programas, sobre todo de TV3 (televisión autonómica catalana) y TVE. Ha publicado en catalán la recopilación de cuentos *Regala'm un minut més* ("Regálame un minuto más", premio Vila de l'Ametlla de Mar 1998) y el ensayo humorístico *El futbol és així* ("El futbol es así") y ha ganado más de treinta premios de narrativa corta. Es autor también de varias obras de teatro, entre ellas *Cercles concèntrics* ("Círculos concéntricos", premio de teatro de humor El Castell dels Tres Dragons 1999), *Fred* ("Frío", accésit al premio de teatro Ciudad de Gandía 2011) o *Nebraska* (premio de teatro Recull "Josep Ametller" 2012).

El secreto del abuelo

Jordi Portals Casanovas

Hace un buen rato ya que ha amanecido en la sierra de Alcubierre. Luce el sol pero el aire es frío. Sentado en un pedrusco grisáceo, Valero contempla el paisaje que le rodea: las lomas cubiertas de matorrales y algún que otro pino, el barranco que se abre a su izquierda, el promontorio que se alza en dirección norte, y la vasta y árida llanura que se extiende en la lejanía, casi hasta perderse en el infinito. Otro día en el infierno, masculla Valero. Abuelo, ¿me has dicho algo?, se acerca Eduardo al escuchar su voz. Nada, nada, hablaba para mí, sonrío Valero. ¿Las has visto? Valero levanta el dedo y señala el vuelo plácido, elegante, majestuoso, de una pareja de águilas culebreras.

Eduardo se acerca a su abuelo. Durante unos segundos eternos, los dos contemplan el paisaje monegrino en silencio. ¿No vas a dejar de volver nunca a este sitio,

verdad?, le pregunta finalmente. No mientras tenga fuerzas y las piernas me respondan, responde Valero. Y no te creas, que ya me cuesta, hasta los noventa me sentía un chaval, pero ahora tengo que reconocerte que empieza a dolerme todo. Pues entonces, abuelo, quédate en el pueblo, das un paseíto, te vas al bar, no sé, como todos los de tu quinta, replica Eduardo. ¿Los de mi quinta? De los de mi quinta ya no queda nadie, le responde rápido. Mientras tenga salud y un poco de ánimo, seguiré subiendo. Y ya sabes por qué. Tienes noventa y dos años, todo eso pasó hace muchísimo tiempo, no queda nadie en el pueblo ya que lo hubiera vivido, ¿por qué te empeñas en subir una y otra vez a la sierra?, replica su nieto. Valero le escruta fijamente con sus ojos verdosos durante un buen rato. Ya sabes por qué, repite pausadamente. Sí, pero..., insiste Eduardo. Pero Valero le corta. Vengo aquí a recordar, a recordarlos a ellos, a recordar lo que fue, lo jodido que fue, sobre todo para los que no volvieron jamás. Porque cada vez que subo aquí es como si todos vivieran, cuando pienso en ellos es como si esos jóvenes no hubieran muerto, como si hubieran tenido la misma suerte que tuve yo, como si todos hubiéramos regresado a nuestras vidas de antes de la guerra. No podemos olvidarlo, Eduardo. ¡Joder, teníamos diecisiete años! Como tú ahora, más o menos. Imagínate. ¿Qué coño hacíamos en estos montes pelándonos de frío, pasándonos canutas, muriéndonos de hambre y de sed, vigilando que no nos cazaran como conejos y disparando de vez en cuando sin tener ni puñetera idea de hacia dónde apuntar?

Valero abre una lata de atún. Junto al mendrugo de pan duro que saca de uno de los bolsillos del pantalón, será

su único alimento hasta que caiga la noche. Entonces, y si el ayudante del intendiente del batallón ha dado con ellos (es el encargado de buscar, encontrar y abastecer periódicamente a los pequeños grupos destacados en el frente) podrá comer quizá otra lata de atún, o de alubias, o un trozo de chorizo, o un poco de arroz, o alguna galleta si hay suerte. Aunque, la verdad, se conformaría con al menos otro pedazo de pan.

Valero termina la comida en pocos segundos. Con el dedo índice de la mano derecha, rebaña hasta la última gota de aceite de la lata. No la lanza hacia los matorrales de enfrente hasta que está totalmente limpia y al chuparse el dedo ya solo nota un ligero sabor metálico. A su alrededor, media docena de chavales, uniformados con la misma ropa sucia y maloliente que él, hacen más o menos lo mismo.

Mientras espera algún tipo de orden, Valero se distrae observando unas aves rapaces que vuelan en círculos a una altura considerable. Desde su posición privilegiada seguro que nos ven a todos, piensa. A nosotros, desperdigados por el monte, y a los nacionales en sus puestos fortificados en las cimas de los promontorios.

El batir de las alas de una tórtola, que pasa veloz a escasos metros de donde descansan Valero y sus compañeros, rompe el silencio durante un instante. Pero es una tranquilidad fugaz. Ficticia. Enseguida volverán las balas, el ruido de las tropas moviéndose entre los arbustos, los gritos, ya sea de órdenes de los oficiales o de dolor de un herido que haya sido alcanzado por alguna bala. Valero siente escalofríos que le recorren el cuerpo. Levanta de nuevo la vista al cielo y mira otra vez a las aves rapaces que, ajenas al sufrimiento y al miedo, siguen planeando sin urgencia. Ellas sí que son libres, les envidia.

El codazo de un compañero le devuelve a la cruda realidad. Le señala con la cabeza al suboficial, que se ha levantado y ha cogido su arma. En marcha, les espeta este. Y, disciplinado, Valero se levanta, se ajusta las correas medio rotas de la mochila, comprueba que en cada bolsillo del pantalón y de la chaqueta lleva dos cajas de municiones, coge el mosquetón y ocupa su lugar en la fila de soldados, que medio minuto más tarde empieza a andar en riguroso silencio monte arriba, con el frío, el viento y el miedo como únicos compañeros.

¿Te lo imaginas, Eduardo? Andar por esta sierra, pisando polvo, acojonados porque en cualquier momento una ráfaga de tiros nos sorprendiera, o asustados cada vez que oíamos un ruido lejano y mirábamos al cielo por si venían los aviones a bombardearnos. Fue durísimo. Han pasado setenta años, abuelo, ¿cómo puedes acordarte tan bien de todo?, le inquiera Eduardo. Dicen que el tiempo lo cura todo. Valero le mira fijamente y sonríe. Y un huevo, chaval, le suelta. Para mí es como si todo hubiera ocurrido ayer. Puedo verme ahí dentro, dice señalando los restos de una trinchera excavada en una pendiente que la maleza todavía no ha hecho desaparecer. O recordarme agazapado durante horas, a veces días enteros, dentro de un pozo de tirador, disparando de vez en cuando sin saber hacia dónde o contra qué blanco, solo para que el sargento me oyera disparar y supiera que estaba vivo, pero sobre todo para que pensara que cumplía con mi obligación de soldado y, por lo tanto, ordenara que al atardecer me llevaran algunos víveres. ¿Han pasado setenta años ya, dices? Pues yo, cuando subo aquí, cuando contemplo el mismo paisaje que pisé cuando la guerra, juraría que todo acaba de ocurrir.

Para mí es como si solo hubieran pasado un par de noches, dice Valero antes de sumirse en un largo silencio.

Sentado en el puesto que le ha asignado el sargento, desde el que controla un pequeño repecho y el inicio de un pequeño desfiladero, Valero se arrebujá en el tabardo medio roto que ha sacado de la mochila. Joder, cada vez abriga menos, se lamenta mientras se dispone a pasar en guardia las próximas tres, cuatro, siete, quién sabe cuántas horas. El cierzo sopla sin piedad y le huela el cuerpo y el alma.

De repente, oye el crujir de unas ramas. Valero se pone en guardia. Agarra con fuerza el mosquetón y se parapeta tras él. A pesar de la temperatura gélida, suda. Un sudor frío, pegajoso. El corazón late aceleradamente. Ahora el ruido cesa durante unos segundos, y después regresa, y después vuelve a desaparecer. Valero espera. El dedo índice, listo para apretar el gatillo, tiembla. Quizá sea solo un animal que se mueve entre la maleza, un conejo, una perdiz, un jabalí, quién sabe, pero no hay que bajar la guardia.

Unos minutos angustiosos e interminables después, Valero escucha de nuevo el mismo ruido, pero esta vez todavía más cercano. Y entonces le ve. Un chico alto, fornido, vestido con unos harapos que en su momento debían ser algo parecido a un uniforme nacional, aparece por entre unos arbustos justo a la entrada del desfiladero. Valero, sacando valor de donde no sabía que conservaba, suelta un ¡alto! fuerte, contundente, mientras se levanta y apunta al soldado franquista con el arma. El chico, que tiene una herida en la frente que no parece ser de bala

sino más bien de alguna rama que le ha golpeado, se detiene, se da la vuelta con lentitud y levanta los brazos. Va desarmado. Le mira con ojos aterrorizados. Valero le aguanta la mirada. ¿De dónde eres?, le espeta. De, de, de Tarazona, tiembla el soldado, que no debe tener más de dieciocho o diecinueve años. No, coño, quiero decir de qué batallón, responde Valero.

Dos minutos más tarde Valero baja el mosquetón y le dice que se largue, pero en dirección norte, porque si sigues por donde venías te pillarán seguro, y más si vas desarmado. Y lárgate antes de que llegue alguien de los míos y tenga que pegarte un tiro, susurra autoritario. El chico, tembloroso, asiente con la cabeza. Suerte, murmura Valero. Gracias, muchas gracias, que Dios te bendiga, responde el joven soldado dándose la vuelta por última vez y antes de subir rápidamente el repecho y perderse tras un saliente.

Abuelo, no tenía ni idea de esta historia. He subido contigo a la sierra muchísimos días, te he escuchado en casa hablar de la guerra miles de veces, pero jamás nos lo habías contado. Valero mira a su nieto con infinita ternura durante diez, veinte, treinta largos segundos. No la sabe nadie, murmura. No se la he contado jamás a nadie. ¿Y por qué?, le pregunta Eduardo. Si fue algo bueno, si salvaste la vida de un hombre, razona. Pues... No sé, supongo que al principio por miedo a que me fusilaran. ¿Donde se ha visto que perdones la vida al enemigo en pleno campo de batalla? Si le ves tú, le pegas un tiro, si te pilla él, te lo pega a ti. Es la ley de la guerra. ¿Qué hubieran dicho mis mandos si se enteran que he dejado escapar a un soldado de Franco? Consejo de guerra fijo. Y ya te digo el veredicto: fusilado. Eduardo le mira y suelta un joder seco y

contundente. Y Valero esboza una media sonrisa resignada y prosigue su explicación. Y cuando terminó la guerra tampoco quise contárselo a nadie. Visto quién ganó, hasta quizá me hubieran dado una medalla al mérito, o un cargo en el Ayuntamiento de Leciñena, o me hubieran regalado un terreno en Perdiguera, o algún que otro privilegio, o vete tú a saber, pero yo no quería nada. Nunca quise que nadie pensara ni por un segundo que yo simpatizaba con el hijoputa que ganó la guerra, o que colaboraba con su régimen, dice Valero con el rostro muy serio. Y luego... luego pues pasaron los años, y cada vez la guerra quedaba más atrás, y ¿qué sentido tenía sacar el tema?

Abuelo... empieza Eduardo sin saber cómo seguir. Valero le mira y le suelta que lo pasado, pasado está. Entonces anda unos pasos, se agacha y recoge de entre unos matorrales una pequeña lata oxidada. ¿Has visto? Hay miles por estas tierras, ¿lo sabías? Miles de latas, miles de restos de proyectiles, trincheras, pozos... Si alguien quiere saber cómo vivimos un año y medio de nuestras vidas, el año y medio más jodido de nuestras vidas, que se dé un paseo por esta sierra.

Valero observa la lata. Señala una esquina. Fíjate, aún se lee la fecha de caducidad: 1938. Seguro que era de atún. Era el manjar más rico del mundo, te lo juro, Eduardo. Su nieto se acerca, coge la lata casi como si quisiera acariciarla. Llevaba setenta años en este matorral... ¿Quién debió comerse este atún? ¿Sobrevivió? ¿Murió aquí en los Monegros? ¿Todavía vive? ¿Qué bando defendió?, se pregunta Eduardo en voz alta. Valero arquea las cejas y fija su mirada en su nieto. Quién sabe, dice mientras se sienta en una pequeña roca y con la mano hace un gesto invitando al chico que vaya a sentarse a su lado.

Valero coge un puñado de tierra y deja que se escurra muy lentamente entre sus dedos. Creo que realmente no quise matar a ese chico de Tarazona porque era un desgraciado como yo, era un pobre chaval que corría por el monte con la misión de matar al enemigo. ¡Al enemigo!, mecagüen la hostia, al enemigo, ya ves, a él le alistaron en el otro bando y a mí en este, como podía haber ocurrido al revés. Solo éramos unos pobres diablos que obedecíamos órdenes, ¿entiendes? Creo que no quise matarle porque ese chico podía haber sido yo mismo, termina Valero con la voz entrecortada y los ojos húmedos.

Valero y Eduardo otean el horizonte monegrino en silencio. Sigue todo tan pelado como entonces, bromea Valero. Qué va, abuelo, que antes no teníais regadío, replica Eduardo. No jodas, que vamos a mejor. Eso es verdad, y tampoco teníamos aire acondicionado en verano, se ríe Valero mientras da un enorme bocado a una manzana.

Esta noche se cumplen siete meses desde que Valero fue mandado al frente de Alcubierre. Siete meses en que apenas se han movido. Algunas veces han avanzado unos centenares de metros, y otras han tenido que echarse para atrás, sobre todo cuando la aviación franquista ha echado una mano a su infantería y les ha obligado a retroceder por cojones y a toda leche y les ha hecho perder en unos pocos minutos lo que habían logrado en días o semanas de penosos avances. ¿Qué coño hago aquí?, se repite una y otra vez. Y piensa en sus padres, sobre todo en su madre, e imagina lo que debe de estar sufriendo, la pobre. ¿Cuándo terminará la guerra?, se pregunta sabiendo que no tiene ni puede tener ni puta idea de la respuesta. Ojalá se hubiera largado antes de que empezara todo. Quizá, se lamenta, si

de pequeño hubiera puesto más atención a las clases de acordeón del maestro Nicolás hubiera llegado a ser alguien, quizá hasta le hubieran contratado en el extranjero, como al gran Pepito Porta de principios de siglo que de Sariñena, recuerda Valero, se recorrió medio mundo tocando el violín como los ángeles. Pero claro, entonces yo qué coño sabía de que un día habría que ir a la guerra. Es normal que prefiriese ir a jugar con los amigos en vez de tocar el acordeón, joder, se indulta a sí mismo mientras le viene a la mente la única vez que vio tocar el violín a Porta. Él apenas tenía cinco o seis años, debía ser hacia 1925 o así, pero qué maravilla, por Dios, qué clase, recuerda como si el concierto acabara de terminar hace unos minutos.

Protegido por la alambrada con la que han cercado el monte desde el que vigilan los movimientos de los centenares de soldados nacionales que tienen enfrente, Valero intenta en vano conciliar el sueño. No puede quitarse de la cabeza la cara asustada del chico de Tarazona. Su rostro atemorizado, los ojos fuera casi de sus órbitas, las manos levantadas con las palmas abiertas y los dedos separados, su expresión desencajada. ¿Por dónde debe de andar ahora? ¿Habrá conseguido regresar con los suyos, o seguirá vagando por el monte solo, sin comida, munición ni ropa de abrigo en esta noche tan fría? Esta noche, él lleva puesto el tabardo, y debajo un chaleco grueso, un jersey, una camisa de franela, una bufanda, dos guantes, dos pares de calcetines y aún así está tiritando. Valero mira ahora el viejo máuser alemán medio oxidado. Con esta mierda de armamento, piensa, tenía que haberle disparado. Mecagüenlaputa qué mierda de guerra es esta para el que la viva de verdad.

¿Cómo iba a matar a ese pobre chico?, repite Valero. Joder si el pobre estaba tan asustado o más que yo. Habría sido un miserable si le hubiera disparado. Si le hubiera matado no me lo habría perdonado el resto de mi vida. Pero cuidado, todo eso no lo pensé en ese momento, qué va. No pensé nada, solo me salió dejarle marchar. Pero creo que hice lo correcto. Coño, ¿cómo iba a pegarle un tiro como si cazara un conejo que corriera por el monte? A la mierda las órdenes de mis superiores, a la mierda todo.

Valero se da la vuelta y anda unos pasos monte arriba. Apoya el brazo en una sabina medio torcida, moldeada por el viento y los años. La mira y acaricia su tronco. Y después se agacha y coge una piedra. La levanta y se la muestra a Eduardo. Ella ya estaba aquí cuando yo era joven y luchaba en el frente. Quizá fue pisada por algún soldado, quizá alguien la sostuvo como ahora yo la tengo en la mano. Esta piedra fue testigo de la barbarie. Y aquí sigue. El mundo sigue girando, nosotros no aprendemos la lección y seguimos matándonos, y las piedras callan y esperan, y cuando nosotros nos hemos asesinado ellas siguen aquí viendo pasar el tiempo. Joder, abuelo, ahora te has pasado de filósofo, le espeta Eduardo. Valero le mira y se ríe. Coño con los jóvenes, qué descarados suben, con lo bien que me había quedado el discurso. Y entonces Valero desciende el trecho que ha subido hace un momento, y Eduardo asciende siete u ocho pasos hasta llegar a la altura de su abuelo y los dos se funden en un largo y emocionado abrazo.

Abuelo y nieto empiezan el descenso hacia el coche. Les queda una media hora por un pequeño sendero. Sabes, Eduardo, como decía George Orwell, el escritor inglés... ¡Eso sí me lo has contado centenares de veces!, le corta

el nieto. Combatió durante un par de meses contigo, ¿no? Pues te lo contaré una vez más, que para eso soy tu abuelo y te cuento batallitas, tercia Valero mientras Eduardo no puede evitar una carcajada.

Joder con Orwell, qué tío, y qué bien puestos los tenía, venir a luchar por un ideal no lo hace cualquiera. La gente hace, hacemos vaya, las cosas por pasta o por obligación. Largarte de tu casa para enrolarte como voluntario para luchar contra el fascismo en otro país... joder, eso no lo haríamos ni tú ni yo ni casi nadie. Joder, eso tiene mucho mérito. Lo que hicieron los brigadistas no tiene precio, afirma rotundo Valero. Y encima perdieron, musita Eduardo mientras da el brazo a su fatigado abuelo para hacerle más llevadero el trecho que todavía les falta hasta el llano donde esta mañana han dejado el coche.

Orwell, eres escritor, ¿no? El soldado inglés al que Valero conoció anteayer asiente con la cabeza mientras sonríe levemente. Los dos se encuentran dentro de una trinchera que han terminado de excavar hace apenas un par de horas. Cuando vuelvas a casa, escribe lo que has visto, que la gente que no ha estado aquí sepa qué infierno estamos pasando, insiste Valero. Cuéntales, cuéntales que aquí ya no luchamos contra ningún ejército, que el enemigo es lo de menos, que aquí luchamos contra la pulmonía, no contra los tiros. ¡Es que es así! Aquí luchamos por sobrevivir. Para nosotros la victoria es conseguir un puñado de cigarrillos, un poco de leña para hacer un fuego y podernos calentar, un pedazo de pan, alguna vela para vernos las caras por la noche y pensar que no estamos tan solos. Esta es nuestra guerra. Escríbelo por nosotros, inglés, escríbelo para que nuestros hijos, nuestros nietos, el mundo entero sepa qué

pasó una vez en este rincón del planeta. Valero le acerca entonces un cazo con agua a Orwell, que bebe con avidez. Después, el inglés saca una libretita y un pequeño lápiz del bolsillo y empieza a escribir compulsivamente.

Cinco minutos después los gritos resuenan en esta minúscula posición republicana. ¡Han matado a Batista! ¡Han matado a Batista! El lamento desgarrador de González, el chaval más joven del batallón y que acostumbraba a jugar a las cartas con el ya difunto soldado, rompe la noche. Ha sido una bala suelta, inesperada, cagüendiós, y eso que parecía una guardia tranquila, dice el sargento. Jacinto, mañana por la mañana sal para Sariñena y que den el aviso de que Batista ha caído, ordena. Valero, sustituye a ese pobre chico. Pero ya, ¡cagando leches! Y Valero, con el corazón encongado y el miedo pegado al alma, se levanta, coge el mosquetón medio oxidado y anda hacia el pozo de tirador como si fuera al matadero. Orwell le despide con una mueca que pretende ser una sonrisa y una palmada en la espalda que pretende ser algo así como un gesto de ánimo.

Valero murió la semana pasada. Se fue a dormir como siempre, a eso de las once, pero ya no se despertó a la mañana siguiente. El corazón de este hombretón monegrino de noventa y dos años dijo basta.

Esta mañana de domingo Eduardo ha vuelto a subir a la sierra. Esta vez ha subido solo, a paso vivo. Y, cuando ha llegado a donde siempre, se ha sentado en el pedrusco en el que la última vez su abuelo le contó la historia del chico de Tarazona. Eduardo ha mirado entonces los promontorios donde los nacionales se hicieron fuertes, los barrancos

por donde los soldados intentaban avanzar sin ser vistos, la antigua trinchera ya medio cubierta por la maleza, las áridas llanuras de la lejanía, las manchas verdes de las cada vez más extensas zonas de regadío, y ha buscado esta vez sin suerte algún resto de la batalla como una lata oxidada o algún tipo de munición. Después ha cogido un puñado de tierra y ha dejado que se escurriera entre sus dedos, y no ha podido, ni ha querido, evitar que una lágrima resbalase mejilla abajo.

Ahora ya ha oscurecido. En casa, sentado frente al ordenador, Eduardo piensa en su abuelo Valero. En su historia. En su vida. En la guerra que tuvo que vivir. En su secreto que finalmente se atrevió a contar a alguien. A él. A su único nieto. Y Eduardo quiere que la gente sepa lo que hizo su abuelo Valero. Lo valiente que fue. Lo que sufrió. Lo que padeció. Lo que hizo sin que nadie lo supiera. Ahora que ya no está es el momento de explicarlo, piensa Eduardo frente a la pantalla aún en blanco del ordenador, justo cuando sus dedos, impetuosos, empiezan a teclear con decisión y comienzan a contar a quien quiera leerla la historia del secreto de su abuelo:

Hace un buen rato ya que ha amanecido en la sierra de Alcubierre. Luce el sol pero el aire es frío. Sentado en un pedrusco grisáceo, Valero contempla el paisaje que le rodea: las lomas cubiertas de matorrales y algún que otro pino, el barranco que se abre a su izquierda, el promontorio que se alza en dirección norte, y la vasta y árida llanura que se extiende en la lejanía, casi hasta perderse en el infinito. Otro día en el infierno, masculla Valero...





**INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES**

Diputación de Huesca